



Francina Armengol Sotias

La Presidenta del Congreso

SESIÓN CONJUNTA PAPA LEÓN XIV

08.06.2026

Santidad,

Presidente del Gobierno,

Presidente del Senado,

Presidente del Tribunal Constitucional,

Presidenta del Tribunal Supremo y del Consejo General del Poder Judicial,

Miembros del Congreso y del Senado,

Autoridades,

Señoras y señores:

Es para mí un alto honor, en nombre del Congreso de los Diputados y del Senado, dar la bienvenida a Su Santidad el Papa León XIV en esta sesión conjunta de las Cortes Generales. Le recibimos con respeto institucional, con afecto sincero y con la conciencia del significado profundo que tiene su presencia hoy en esta Cámara, sede de la representación democrática del pueblo español.

Su visita constituye un momento de especial relevancia para nuestro país y para nuestras instituciones, porque en tiempos de incertidumbre global y de una polarización que amenaza con debilitar las democracias, necesitamos, más que nunca, espacios de encuentro capaces de convocarnos alrededor de aquello que compartimos: la lucha por la dignidad humana, la justicia y la esperanza. Sus palabras, las primeras de un Pontífice en esta Cámara, serán recordadas como un pertinente símbolo: ante la adversidad, nuestra fortaleza descansa en la unión y en el acuerdo.



La Presidenta del Congreso

En esta casa parlamentaria que hoy le abre las puertas se vertebra una democracia plural y abierta, construida sobre el respeto a la libertad de conciencia y el valor del diálogo. Diálogo, respeto y también escucha activa, tres artífices fundamentales para la libertad de nuestras sociedades, cuya confianza en unas instituciones públicas sólidas, cercanas y transparentes es crucial para la estabilidad de las democracias.

Desde esa convicción le damos hoy la bienvenida: con la voluntad de escuchar y con el convencimiento de que el entendimiento entre instituciones, culturas y pueblos es imprescindible para afrontar los grandes desafíos de nuestro tiempo.

El filósofo, místico y poeta mallorquín Ramon Llull escribió: “La justicia te proporcionará paz, y también trabajos”. Y estas palabras, que vieron la luz allá por el siglo XIII, podrían vertebrar de punta a punta el cometido que hoy nos apremia, el descomunal reto colectivo de trabajar, unidos y unidas, por los derechos humanos.

En esta época que vivimos, atravesada por cambios profundísimos y aquejada de una drástica inquietud, donde solo unos pocos de los más fuertes imponen la masacre de miles de los débiles con total impunidad, donde el orden internacional conocido se quiebra cada día, alejándose de aquellas normas que pretendieron restablecer la convivencia tras la desolación, no queda más remedio que reunirnos en torno a lo esencial y reformular las medidas que nos comprometan con la configuración de un mundo más justo.

Es urgente posicionarse en el lado correcto. La paz ha de ocupar de nuevo el centro de la acción política internacional. La paz de la que hablaba Ramon Llull, la paz que impone la justicia, la paz dialogada y con vocación de permanencia: una tarea ardua y minuciosa que requiere valentía, diplomacia y cooperación. Una paz que exige defender y respetar plenamente el derecho



La Presidenta del Congreso

internacional humanitario, fortalecer las instituciones multilaterales y preservar los espacios comunes desde los que las naciones pueden responder juntas a desafíos que ninguna puede resolver por separado.

Nuestro cometido jamás ha de ser multiplicar los conflictos, sino trabajar codo con codo para solucionarlos. El multilateralismo es una condición para la posibilidad de la convivencia internacional y una garantía frente a la fragmentación, el aislamiento y la imposición de la fuerza y la sinrazón. Hay que restaurar el orden internacional: deben imperar las leyes, no la fuerza; deben vencer el humanismo y la solidaridad.

Y solo vencerán, qué duda cabe, si concentramos nuestro empeño en las tareas democráticas que las sociedades a las que representamos nos encomiendan. Sabemos bien cuáles son estas tareas. La lucha contra la pobreza, contra la precariedad y contra las violencias: la violencia de género, la violencia racista o la que premia el privilegio frente a la vulnerabilidad. El reparto equitativo de los bienes, el progreso como un bien común, la igualdad real y efectiva entre mujeres y hombres, combatir el cambio climático con políticas responsables, la defensa de la salud como un derecho universal, construir sociedades empáticas, hospitalarias, regidas por políticas integradoras y de cohesión que pongan a las personas en el centro y protejan la dignidad de todas y de todos, también de las personas migrantes, también de las personas más desfavorecidas. O alguna tarea concreta a la que Su Santidad hacía referencia como “la llaga abierta” que suponen los abusos en la Iglesia y la reparación y la indemnización a las víctimas, que tanto se ha hablado en las Cortes Generales a raíz del riguroso informe que presentó el Defensor del Pueblo.



La Presidenta del Congreso

En definitiva, señorías, como les decía, tenemos la tarea fundamental de acabar con las desigualdades. Acabar con las desigualdades desde el convencimiento de que la diferencia y la multiplicidad son signos de riqueza, y de que el futuro —como también el pasado— se siembra en el fértil abrazo entre culturas. Porque la sociedad a la que debemos aspirar es aquella que reconoce —tal y como Su Santidad ha escrito en la encíclica *Magnifica humanitas*— que “en la pluralidad de voces y visiones que a veces recuerda la dispersión de las lenguas, existe, sin embargo, una posibilidad luminosa: la de edificar juntos, transformando la diversidad en un recurso y haciendo de la escucha y del diálogo el terreno común en el cual hacer crecer la justicia y la fraternidad”.

Identificarse con las palabras de Su Santidad es una obligación ética de cualquier Estado democrático. Como lo es, indudablemente, coincidir con la profunda reflexión que da motivo a su primera pastoral: que la tecnología ha de estar al servicio de la humanidad. Los avances científicos han generado progreso desde tiempos inmemoriales, pero el desafío en el que nos encontramos ahora mismo, frente a la desorbitada e impredecible revolución de la inteligencia artificial, resulta un escenario enormemente disruptor.

Es necesario, por tanto, construir formas de cooperación, delimitar las maneras de actuación bajo unos supuestos solidarios, empáticos y responsables, que garanticen un acceso igualitario, que la razón de ser de esta poderosísima herramienta sea la búsqueda de la dignidad de todas las personas y el bien de los pueblos, no el enriquecimiento de unos pocos, no la encarnizada lucha de poder a la que ahora asistimos. Porque, de otra manera, el progreso estará efectivamente doblegado a las lógicas del poder. Permítanme señalar que España ya ocupa un decisivo papel en esta senda, y hace apenas unos meses tuvo lugar aquí en el Congreso de los Diputados la primera reunión del Panel Científico Internacional de Inteligencia Artificial



La Presidenta del Congreso

de la ONU, un organismo creado para fomentar un uso seguro y ético de la inteligencia artificial a escala mundial.

Es nuestro cometido. Está en nuestras manos. Debemos reorientar la economía hacia la dignidad y la tecnología hacia la igualdad, la estabilidad y la inclusión. Impongamos, de una vez, nuestras políticas humanistas y responsables, porque ninguna innovación será verdaderamente valiosa si erosiona aquello que nos define como sociedades libres y democráticas.

Señorías, nuestra tarea institucional consiste en escuchar nuestro tiempo, responder a sus desafíos y proteger los valores que sostienen nuestra convivencia.

Hoy, esta Cámara reafirma su compromiso con la paz, con la cooperación internacional, con la igualdad, con la defensa de los derechos humanos y con la dignidad inviolable de todas las personas.

Hoy, recibiendo a Su Santidad con respeto y con gratitud, nos aliamos en una responsabilidad compartida, una que allane el necesario camino hacia la esperanza.

Hoy afianzamos nuestra confianza en el mañana, en la posibilidad de un mundo mejor y, por supuesto, en el ser humano. Creemos, sí, como escribió la poeta Ángela Figuera Aymerich, en el ser humano, “porque se acuesta y duerme bajo el rayo // y ama y engendra al borde de la muerte // y alza a su hijo sobre los escombros // y cada noche espera que amanezca”.

Su Santidad, gracias por acompañarnos en esta sede de la soberanía popular. Sea bienvenido a las Cortes Generales de España. Tiene usted la palabra.

Muchas gracias.